

Y PARA QUÉ CULTURA EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Jesús García Calero

Director de ABC Cultural

Entre las reflexiones más pertinentes que se desprenden de la pandemia de coronavirus que estamos todavía tratando de superar, destacan todas las relativas a la cultura, entendida en su más amplia acepción. Para empezar, porque es imposible hurtar un pensamiento crítico del hecho probado de que la cultura no nos preparó para el envite. Ni los lectores del *Decamerón* ni los de *La peste* seguramente pudieron adivinar la mala pasada que el destino, la providencia o tal vez el curso cambiante de la historia, estaban a punto de jugarlos. El miedo se impuso, tarde, y la crisis sanitaria estalló sin que las sociedades más cultas estuvieran mejor preparadas. De hecho, las más desarrolladas tal vez pecaron de un falso, casi infantil, sentimiento de que estaban e iban a permanecer “a salvo”. Nada más lejos de la realidad.

Sin embargo, aunque la cultura no nos había predispuerto a ningún poder adivinatorio, sí permitió que nuestro duelo fuese humanamente más llevadero. En los peores momentos del confinamiento, con la insoportable sangría de las víctimas contadas por miles, resultaba muy difícil hallar consuelo y, sin embargo, uno de los primeros fenómenos que nuestro mundo produjo en aquellos tristes días de calles vacías y plazas donde los pájaros resultaban casi estridentes, fue contemplar una lluvia constante de canciones, filmes, obras de arte de todo tipo que los artistas ponían a disposición de todos vía internet. Las redes y las más famosas webs de contenido del mundo empezaron a servir de “templos culturales” en los que sentirse menos solo. Me recuerdo a mí mismo aquel marzo de 2020 viendo en bucle la *Pasión según San Mateo* de Bach, en la impactante dramaturgia de concierto de Simon Rattle y Peter Sellars, con la Filarmónica de Berlín, que ofrecía gratuitamente su contenido durante el confinamiento. Llegaban noticias de la muerte de conocidos, de la imposibilidad de velar cadáveres y superar el duelo y aquella música, como ha hecho durante cuatro siglos, restañaba nuestra alma herida.

Al mismo tiempo recuerdo aquellos vídeos que músicos profesionales y amateurs ponían en plataformas populares como YouTube, dando testimonio de la fuerza o, como se dice ahora, de la resiliencia, que la cultura nos permitía adquirir: que quien canta, su mal espanta, como dice el viejo refrán español. Para mí ya es inolvidable el vídeo en el que cientos de personas interpretaban *La tendresse*, la canción publicada en 1963 por Bourvil, que luego popularizó Marie Laforet, en una versión coral interpretada por la Simphonie confinée, porque nos habían robado el tacto, la convivencia, pero no se puede vivir sin ternura: “On peut vivre sans richesse/ Presque sans le sous/ Des seigneurs et des princesses/ Y en a plus beaucoup/ Mais vivre sans tendresse/ On ne le pourrait pas/ Non non non non/ On ne le pourrait pas”. Si hay algo que la cultura demostró en aquellos días es que forma un hilo de acero, más duro que nosotros, al que podemos aferrarnos, porque resiste. Es el núcleo de lo que somos en realidad, y la prueba es que ha sobrevivido a todas las catástrofes de la historia.

Poemas, libros, canciones, películas, óperas, incluso bromas y memes comenzaron a circular de manera febril entre los móviles y los ordenadores de los ciudadanos confinados, amenazados por la pandemia y hartos del encierro que solo la mirada por la ventana podía hacer algo más llevadero. En los hogares con niños, convertidos en escuela, casa y patio de recreo, muchas veces fueron los cuentos y las canciones las que permitieron superar los peores momentos. Aprendimos a tomar cañas por Zoom y mirarnos a los ojos a través de pantallas.

Pero esta parte íntima de la cultura, esta pequeña historia de nuestras almas pandémicas, necesita completarse con una mirada general a las consecuencias que estos años han provocado en quienes hacen de la cultura su profesión. Las industrias culturales y los profesionales que directa o indirectamente viven del hecho cultural forman uno de los sectores más afectados por la ruina que acompañó a las medidas de contención. Todas las actividades que necesitan público quedaron canceladas y durante mucho tiempo también las que precisan de equipos complejos presencialmente para producirse.

Los cines, los teatros, los conciertos, los museos, las librerías, las presentaciones, los recitales, los musicales, los ballets, las rutas turísticas, las excavaciones, quedaron cancelados como todo lo demás. Y quedaron sin la posibilidad de generar ingresos ni de facilitar una viabilidad económica a todas las industrias indirectas que se asocian con los viajes, la restauración y el ocio. El cierre de la cultura tuvo además resultados atroces, y poco perceptibles, para actividades que sirven como colchón a numerosos profesionales que no pueden vivir completamente de su arte. Cuántos músicos, actores y demás profesiones artísticas no hallan en la hostelería, por ejemplo, trabajos temporales mientras esperan el inicio de la siguiente producción, obra, gira o grabación.

Lo único que pudo recuperarse más o menos temprano del cerrojazo pandémico fueron las industrias creativas que permiten trabajar a los equipos conectados vía internet, como los equipos de animación o videojuegos, que al menos podían aprovechar el confinamiento para avanzar en algunas tareas. De hecho, las industrias asociadas con las plataformas de *streaming* de música y audiovisuales, así como los videojuegos, son las únicas que han pasado el año de la pandemia con cifras de cierto crecimiento.

En el resto de industrias culturales el impacto fue devastador. Las cifras conocidas a finales de 2020 dibujaban un panorama catastrófico. En los cines se cuantificó en casi un 75% de caída, unos 500 millones de euros que se dejaron de recaudar en taquilla, que además hay que multiplicar por la falta de ingresos por los consumos asociados a las salas como palomitas, refrescos y todo lo que quedó prohibido. En la primera mitad de 2021 esas pérdidas se mitigaron muy levemente, y la caída desde enero hasta agosto alcanzó el 45%.

El año de la pandemia supuso una reducción traumática de la actividad económica y cambió el horizonte del sector. En cuanto lo permitió la situación sanitaria se buscaron medidas como la limitación de los aforos y nuevos protocolos que podían permitir al público sentirse mínimamente seguro en las salas, pero solo la llegada de las vacunas en 2021 permitió realmente cambiar la impresión y no totalmente.

Algo similar ocurrió con el mundo escénico. Todos los teatros, festivales y compañías debieron detener su actividad. Recuerdo un reportaje de nuestras estrellas de ballet ensayando en sus casas, donde los salones y dormitorios parecían cajitas diminutas si se comparaban con sus saltos y piruetas, cuando sus cabezas rozaban el techo. La contracción económica de 2020 arrojaba cifras inéditas, con una caída del 50% en la oferta, del 75% en el público y del 71% en la recaudación de los espectáculos.

En todo caso hay que diferenciar mucho lo ocurrido en el teatro, una actividad que encontró nada más acabar el confinamiento un respaldo de las administraciones y las entidades públicas. En la primavera de 2020, por ejemplo, Antonio Banderas trató de adelantar un diseño de protocolos para la vuelta del confinamiento, una iniciativa de trabajo con expertos en la materia que acabó formulando un decálogo propio que el Teatro del Soho comenzó a aplicar en cuanto las autoridades sanitarias permitieron reabrir las funciones. En el sector público abrió fuego la Comunidad de Madrid, con los Teatros del Canal a la cabeza, que también reanudaron su actividad nada más acabar el confinamiento. Los teatros municipales madrileños sentaron las bases de un diálogo sectorial con las empresas privadas para que, llegado septiembre, la actividad teatral se retomase. Y fue un éxito. Cabe señalar que Madrid ha sido casi una isla y que la Comunidad tuvo buena fortuna al asumir diferencias en las políticas de detección pandémicas que permitieron adoptar las medidas más pegadas a los datos. El resultado económicamente ha permitido sobrevivir a muchas empresas, compañías escénicas, así como comercios y restaurantes que de otro modo habrían tenido de cerrar.

En cuanto a la ópera también ha sido Madrid el lugar en el que la actividad se recuperó antes y con más éxito. El Teatro Real abrió con protocolos, un caso realmente singular en Europa. Aunque registró un brote de covid en la primavera de 2021 que le obligó a retrasar un estreno, después ha visto reconocida su labor con el premio al mejor teatro del mundo concedido el pasado mayo por los International Opera Awards. El Liceo barcelonés y el Palau de les Arts de Valencia tuvieron una temporada mucho más reducida. También en Madrid destacó el Teatro de la Zarzuela, que fue capaz de mantener una temporada completa, ganar la confianza del público y evitar cualquier posible brote con la aplicación de los más estrictos protocolos. Todo un éxito que debe apuntarse el equipo del teatro y del INAEM, dentro del Ministerio de Cultura.

Sin embargo, el sector de la música no tuvo la misma suerte. Incluso hubo protestas en las calles de Madrid y otras ciudades puestas que la prohibición de los conciertos y festivales ha sido la medida que más ha durado. Hubo algunas experiencias de conciertos con el público sentado, en los que se trató de implantar una cultura de pocas efusiones realmente difícil de mantener en los eventos de rock y pop.

Si por algo ha destacado 2021 ha sido por la recuperación del público. Eso sí, se ha producido de manera desigual. La existencia de buenas alternativas de *streaming* en los domicilios, sumada a la mejora del parque de receptores de televisión inteligente y sistemas de sonido, hizo que la gente se pensara mucho el regreso a los cines. Además, las grandes distribuidoras reservaron los grandes estrenos para mejores tiempos y no han llegado las películas taquilleras hasta el final del verano de 2021. La consecuencia es que el público no llena las salas de exhibición cinematográfica en 2021 con la misma asiduidad que han logrado los teatros, que han podido mantener una actividad bastante normalizada y donde un público que no tiene alternativas tipo *streaming*, porque el teatro es un arte vivo que no funciona grabado y al que el público acude por las emociones que produce la experiencia en directo. Capítulo aparte, los musicales tardaron más en volver, aunque lo han hecho con fuerza, incluso con estrenos importantes en el final de 2021.

La cultura es un sector que ha aportado directamente entre el 3 y 4 por ciento al PIB español, según los años. Aunque si pudiera medirse su impacto indirecto, teniendo en cuenta todos los ingresos asociados, por ejemplo, al turismo que viaja con motivo de la oferta cultural en España, esa cifra debería multiplicarse al menos por dos. Tal vez esos dos sectores unidos, el turístico y el cultural, sean en buena parte responsables de la imagen de nuestro país en el exterior. Y si sumásemos vectores como la gastronomía o la moda, cada vez con más impacto en el sector, el calado cultural de España sería aún de mayor consideración en la economía.

Para completar la perspectiva, conviene saber que la pandemia sobrevino en un momento en el que la industria cultural no había superado completamente el impacto de la crisis financiera.

Algunas estadísticas hablan de un descenso de más de setenta mil espectáculos anuales en 2007 a poco más de 50 000 en 2019, antes de la pandemia. A este dibujo hay que añadir que los presupuestos públicos dedicados a la cultura cayeron a partir de 2010 y que va a ser difícil recuperar ese nivel de dinero público dedicado al sector. En los presupuestos de 2022 aparecen cifras muy superiores a los últimos años, debidas en su mayor parte a las ayudas de la UE para la recuperación de la crisis provocada por la pandemia. Qué impacto tendrá y cuánto durará es todavía una incógnita. En todo caso, la derrama económica prevista para el sector de la cultura es apenas de 525 millones de euros del total de los 70 000 millones previstos que iba a recibir la economía española, un 0,75%.

En el caso de los museos podemos decir que la caída de ingresos ha supuesto enormes dificultades. Primero la pandemia obligó a cerrar a todos, después la ausencia de turismo internacional impidió que las grandes instituciones culturales alcanzasen los niveles que tenían en 2019. En 2020, el Museo del Prado, por ejemplo, perdió el 70% de sus visitantes y 18,5 millones de ingresos por entradas. De los 852 000 visitantes que tuvo el Prado el año de la pandemia, 550 000 compraron su entrada entre enero y marzo. En 2019 habían sido 3,2 millones de personas. Cuando pudo abrir sus salas tras el confinamiento organizó una gran exposición de sus mejores obras que tuvo el respaldo de casi 300 000 visitantes y le permitió hallar nuevos públicos entre los habitantes de Madrid que no eran habituales en nuestro primer museo. Las cifras del Museo Reina Sofía son similares, pasó de 4,4 millones de visitantes en 2019 a tan solo 1,2 en 2020, una caída superior al 70%.

Desgraciadamente 2020 no supuso el fin de la pandemia, sino solo el principio de la vacunación. Poco a poco los aforos más nutridos permitieron que los espectáculos recuperasen el vigor, a pesar de que no fuera de modo sostenido ni con la misma eficacia en todo el territorio. Durante 2021, la polarización política no ha permitido a las administraciones encontrar un consenso para un sector que debería estar al margen de este tipo de tendencias. Las ayudas europeas marcarán, sin duda, los presupuestos de 2022. Sin embargo, el sector quería, más allá de una inyección de dinero, políticas que permitieran cambiar el horizonte de difícil sostenibilidad que la mayor parte de las empresas mantienen en España. La mezcla de los coletazos de la crisis de 2008, más la pandemia, que ha reducido la actividad económica

tan catastróficamente, hacía soñar a los responsables de las industrias en una interlocución con los políticos que diera lugar a nuevas políticas sostenidas con mayores acuerdos. Pero ni los políticos han sabido responder a esa expectativa ni siquiera han tenido en cuenta de manera prioritaria los problemas del sector. Así, el debate más importante de la Ley Audiovisual estriba en las cuotas de traducción y producción en catalán, gallego y vasco que han impuesto los socios del Gobierno en lugar de estar más enfocado a las necesidades de modernización y competitividad. Por no hablar del impacto de las empresas tecnológicas y plataformas que han absorbido buena parte del volumen que antes correspondía a la industria audiovisual española.

Si hay un sector que ha pasado con cierta tranquilidad la pandemia y arroja un balance muy positivo en sus cifras ha sido la industria editorial. Aún no está contabilizado del todo, pero tanto 2020 como especialmente 2021 arrojarán subidas importantes en la venta de libros. La celebración de la Feria del libro de Madrid el pasado mes de septiembre fue la escenificación largamente deseada del optimismo del sector, después de un Sant Jordi muy reducido por los protocolos sanitarios. Los libros han sido un objeto de consumo tan creciente en el confinamiento y en las horas que seguían al teletrabajo de tantos españoles que han permitido salir de la crisis con un importante incremento de facturación, que ha llegado a barajar subidas en torno al 17% en la primera mitad de 2021. Las librerías han tratado de hallar su hueco específico frente al gigante de Amazon, pero siguen peleando por su futuro.

El coronavirus ha cambiado muchas cosas en la cultura y en los usos de consumo cultural en España durante los últimos dos años. Ahora falta que los estudios de 2021 den soporte estadístico a las tendencias y cifras parciales conocidas para realizar la mejor lectura posible del estado de la cultura tras la pandemia. Lo cierto es que todos los sectores que dependen de la afluencia de público han sufrido con las medidas impuestas durante estos últimos dos años. El horizonte de 2022 es ambiguo. Muchas empresas preparan concursos de acreedores y otras muchas se redimensionan, mientras la llegada de dinero europeo de los fondos Next Generation hace soñar con la posibilidad de que se produzca también cierta regeneración del tejido en la industria cultural.

Detrás de las mascarillas, todos seguimos necesitando volver los ojos a la cultura, o dicho en lenguaje sectorial, a nuestros productos culturales favoritos, como si fueran un Decamerón del siglo XXI, porque resulta vital la capacidad de las historias narradas o escenificadas para superar los miedos y las horribles realidades que hemos atravesado y aún, probablemente nos esperan. Hay que seguir caminando y nuestros pies no se mueven bien sin la energía cultural. Nunca la cultura ha podido demostrar con más contundencia su importancia en nuestras vidas. No lo olvidemos, pensemos detenidamente en ello como sociedad y valoremos cómo cultivarla en tiempos de miseria, cómo decía Hölderlin: “¿Y para qué poetas en tiempos de miseria?”. La cultura no vive del aire, sobre todo cuando hasta el aire es sospechoso de producir contagios.